

DICASTERIO PARA LA EVANGELIZACIÓN

Cuadernos del Concilio

*Materiales para la preparación
del Jubileo 2025*



Adquiere el volumen completo
con los 34 *Cuadernos* en:

www.bac-editorial.es

CONSTITUCIÓN PASTORAL
GAUDIUM ET SPES
SOBRE EL MUNDO ACTUAL

CUADERNO 30



CUADERNO 30
LA CULTURA
(GS 53-62)

FABIO MARCHESE RAGONA

Entre los «problemas más urgentes» abordados en la constitución pastoral *Gaudium et spes*, podemos ver en la parte II un capítulo entero dedicado al «fomento del progreso cultural». Este fue incluido entre las grandes preocupaciones contemporáneas que los padres conciliares decidieron profundizar. Lo hicieron por dos razones: por un lado, para ofrecer al mundo cristiano (y no solo) una luz, una brújula para mirar al futuro. Por el otro, para llamar la atención sobre ciertas cuestiones de interés general; entre ellas: la cultura humana. En efecto, este asunto no se podía dejar de lado en un tratado relativo a las relaciones de la Iglesia con el mundo contemporáneo, puesto que la cultura, entre otras cosas, es una dimensión fundamental de la pastoral también. Entre las palabras clave para enfrentar el tema con un espíritu constructivo: diálogo, anuncio y evangelización. Palabras que en realidad acompañan todo el documento, para explicar a creyentes y no creyentes como el Concilio «entiende la presencia y la acción de la Iglesia» en el mundo actual (GS 2).

El capítulo fue incluido por primera vez en el borrador de la constitución de 1963 en uno de los primeros esquemas que los padres conciliares votaron. Su título provisional era: *De ecclesiae principii et actione ad bonum societatis promovendum*, el borrador tenía seis capítulos y, entre ellos, uno estaba dedicado precisamente a la cultura humana; este se dividía a su vez en tres partes: «La situación de la cultura del hombre actual» (presentación de los nuevos estilos de vida, la imagen entre el hombre como artífice de la cultura, dificultad y deberes), «Algunos principios relativos a la recta promoción de la cultura» (vínculo

entre fe y cultura, relaciones entre el Evangelio de Cristo y la cultura, la armonización de los distintos aspectos de la cultura), «Algunas de las tareas más urgentes para los cristianos con respecto a la cultura» (el reconocimiento del derecho de cada uno a la cultura, la educación a una cultura integral, el acuerdo entre cultura humana y enseñanza cristiana). Como contó en mayo de 2022 monseñor Agostino Marchetto a los que escribieron la reconstrucción histórica del Concilio: «La *Gaudium et spes* no conseguía encontrar su camino. Y gracias a Dios, Pablo VI señaló la dirección con la encíclica *Ecclesiam suam*. He aquí el diálogo en sus “círculos”, es decir todo el Concilio y el mundo contemporáneo». Perfecta «salida» de emergencia y de modernidad y fidelidad al diálogo encarnado en Dios, y también, por consiguiente, de la Iglesia con el mundo contemporáneo. Es aquí donde aparece, entonces, la cultura. ¿Y no es algo nuestro, hoy?

Sobresale la figura del que entonces era arzobispo de Cracovia, monseñor Karol Wojtyła, entre los miembros de la comisión encargada en noviembre de 1964 de elaborar el texto final de la constitución pastoral, promulgada en el diciembre del año siguiente.

Y será él, diecisiete años más tarde, el pontífice convencido de que el diálogo entre la Iglesia y las culturas tiene una importancia vital para el futuro del mundo, pidiendo, a raíz de lo que señalaba la *Gaudium et spes*, la institución de una estructura dedicada: un Consejo Pontificio para la Cultura (hoy, Dicasterio para la Cultura y la Educación), para «intensificar las relaciones de la Santa Sede con todas las componentes de la cultura, asegurando también una relación original mediante una fecunda colaboración internacional dentro de la familia de las naciones» (*Carta por la que se instituye el Pontificio Consejo para la Cultura* [29-5-1982]).

¿Por qué los padres conciliares decidieron llamar la atención y ofrecer un enfoque cristiano hacia este tema? En la introducción del capítulo de la *Gaudium et spes* dedicado a la cultura, se explica claramente que es solo gracias a ella si el ser humano puede alcanzar la plenitud de su vida. «Cultura» considerada como medio a través del que el hombre puede desarrollar y mejorar sus capacidades y hacer que su vida social sea más «humana», en lo público y en lo privado. Un medio que genera estilos de vida, tradiciones, y permite «promover la civilización» (GS 53). A este

respecto, Benedicto XVI en 2010 en Portugal hablando con el mundo de la cultura, dijo: «Vosotros, trabajadores de la cultura en cualquiera de sus formas, creadores de pensamiento y de opinión, gracias a vuestro talento, tenéis la posibilidad de hablar al corazón de la humanidad, de tocar la sensibilidad individual y colectiva, de suscitar sueños y esperanzas, de ensanchar los horizontes del conocimiento y del compromiso humano».

Por lo tanto, en las páginas siguientes se hablará de la propuesta del Concilio sobre el asunto de la cultura humana, sobre todo en el segundo capítulo, y la relación entre cultura y fe, remarcando la importancia y especialmente la actualidad de la constitución pastoral en una sociedad que vive hoy sumergida también en una cultura digital.

I. LA RELACIÓN ENTRE EL HOMBRE Y LA CULTURA

1. **Una visión antropológica**

Uno de los pensadores más importantes de la humanidad, santo Tomás de Aquino, en su «Comentario de los analíticos posteriores de Aristóteles» remarca con gran finura que «genus humanum arte et ratione vivit» (el género humano vive gracias al arte y a la razón). Santo Tomás nos señala el camino por el que empezar para entender mejor la relación entre el ser humano y la cultura, aclarando que es una característica de la vida humana como tal. ¿Este vínculo podrá romperse algún día? La Iglesia y el mundo científico, sobre este punto, siempre han coincidido: el vínculo entre el hombre y la cultura es inquebrantable. El antropólogo polaco Bronisław Malinowski ha apoyado con fuerza la idea de que la cultura tiene que estar necesariamente relacionada con las necesidades del hombre y es el conjunto de las respuestas a las mismas. En efecto, según la antropología sería un error considerar la cultura simplemente como un elemento inmóvil, como un gran almacén en el que se guardan las distintas partes que la constituyen. En cambio, hay que considerarla como un sistema de conocimiento en constante evolución, porque vive en las per-

sonas que, con el paso de los siglos, cambian junto al mundo. A este respecto, es de fundamental importancia lo que dijo Juan Pablo II en Hiroshima en 1981 hablando con los representantes de la ciencia y de la cultura reunidos en la Universidad de las Naciones Unidas. El papa polaco aclaró que el desarrollo de la humanidad, la construcción de un mundo más justo y unido, es el imperativo moral que el hombre puede enfrentar a través de la explotación de todos los recursos técnicos y culturales. Para la Iglesia no hay «cultura si no es del hombre, por el hombre y para el hombre» (cf. PONTIFICIO CONSEJO DE LA CULTURA, *Para una pastoral de la cultura* [1999]). De hecho, el número 53 de GS aclara que la cultura es el conjunto de todos los medios gracias a los cuales el ser humano «afina y desarrolla sus innumerables cualidades espirituales y corporales». Gracias a ella la vida social se hace más humana y a través de la comunicación y la conservación de sus obras se puede favorecer el avance de la humanidad.

Siempre a nivel antropológico, es importante leer la definición que da Johann Gottfried von Herder de la cultura a finales del 700: el estudioso apoya firmemente que la cultura está concebida como un proceso que implica a toda la humanidad, que se aleja de su origen natural y se educa de manera progresiva, siguiendo un plan providencial que se realiza a través de la transición de un pueblo al otro. Por lo tanto, no se toman en consideración solo las actividades intelectuales (como podía ocurrir en la concepción iluminista), sino que todo lo que se transmite y perpetúa de generación en generación. En resumen, la cultura está presente dondequiera que haya una realidad humana con sus maneras y estilos de vida.

También viene al rescate el antropólogo inglés Edward Burnett Tylor, quien toma en consideración conceptos de filosofía y formula una de las más célebres definiciones de cultura, que se considera como «aquel todo complejo que incluye el conocimiento, las creencias, el arte, la moral, el derecho, las costumbres y cualesquiera otros hábitos y capacidades adquiridos por el hombre en cuanto miembro de la sociedad».

El papa Wojtyła, hablando en 1980 a la UNESCO, en última instancia, aclara que la vida humana es cultura, especificando que «el hombre, a través de ella, se distingue y se diferencia de todo lo demás que existe en el mundo visible». En la práctica,

el hombre no puede vivir sin la cultura, porque esta es una forma de ser de la humanidad, y crea entre los hombres un vínculo único. En este contexto, sigue explicando san Juan Pablo II, se arraiga la pluralidad de las culturas en las que vive el hombre. Una definición muy clara: la cultura, las culturas, son la esencia misma del hombre. No hay que pensar que la Iglesia, a lo largo del Concilio, estuviese cambiando de opinión sobre los vínculos entre los hombres y la cultura: sigue siendo como un faro, según lo que afirmaba Pablo VI en el discurso pronunciado en la última sesión pública del Vaticano II, en diciembre de 1965: «Todo lo que se puede decir sobre el valor humano del Concilio, ¿ha desviado la mente de la Iglesia en Concilio hacia la dirección antropocéntrica de la cultura moderna? Desviado, no. Orientado, sí».

2. El contexto histórico

En el número 54 de la *Gaudium et spes* los padres conciliares explican que, puesto el cambio de los tiempos y de las costumbres del hombre, desde una perspectiva social, así como cultural, «nuevos caminos se han abierto para perfeccionar la cultura y darle una mayor expansión». En efecto, el Concilio Vaticano II tiene lugar en un contexto histórico muy especial y sobre todo en constante evolución: por un lado, empiezan a aliviarse las tensiones internacionales, la Guerra Fría entre este y oeste, con las primeras relajaciones entre Estados Unidos y Unión Soviética después de la crisis de los misiles en Cuba; por el otro, la estabilidad social y el auge económico alcanzan su ápice, a la vez que los avances científicos: de hecho, unos años después ocurrió el alunizaje. Pero el hombre, a través de los movimientos juveniles, empezaba a hacer oír su voz: en efecto, si los padres se iban orgullosos por la tranquilidad alcanzada (la creación de una familia con mujer y progenie, la compra de un coche, de una televisión y la seguridad de un trabajo), los hijos, ya a mitad de los años sesenta, empezaban a manifestar muchas quejas, incubando sentimientos de rebelión hacia lo que definían un «inmovilismo» de la sociedad. En Francia, por ejemplo, cuestionaban el Estado, definiéndolo conservador y cerrado a las innovaciones sociales

y culturales, que en cambio habían empezado en algunos países como el Reino Unido. En Italia salían a la calle, entre otras cosas, también en contra de la «respetabilidad burguesa», y etcétera. Eran los años de las protestas juveniles y estudiantiles, que empiezan en Estados Unidos en contra de la guerra en Vietnam y se extienden como la pólvora en todo el mundo occidental, alcanzando su punto cumbre en 1968. La *Gaudium et spes* se concluye, por lo tanto, a finales de 1965, en un contexto de mutaciones generales, de desarrollo cultural, de impulsos antagonistas. Los padres del Concilio miran a esta situación también cuando deciden detenerse sobre el tema cultural; de hecho, hablan de «preocupación», conscientes de que, precisamente en esos años, gracias al desarrollo en los distintos ámbitos, entre industrialización y urbanismo, se estaba abriendo camino la llamada «cultura de masas», cuyos contenidos se difundían sobre todo a través de los nuevos medios de comunicación. Cambiaban las costumbres, la cultura humana se hacía más universal, el hombre adquiriría la ciudadanía de una «aldea global», los estudios de psicología abrían nuevas perspectivas sobre la humanidad: el hombre y la mujer empezaban a tener conciencia de que «son ellos los autores y promotores de la cultura de su comunidad» (GS 55). Aun así, seguían existiendo muchas distancias y dificultades: como explica el jesuita padre Bartolomeo Sorge en un artículo sobre el Concilio Vaticano II que redactó en Florencia en 2012 y publicó por primera vez en febrero de 2021 en *La Civiltà Cattolica*; en esos años la Iglesia y el Concilio tuvieron que enfrentar retos culturales no indiferentes, nacidos por la evolución de la cultura occidental moderna y consolidados con la Revolución francesa y con la Revolución industrial. Desafíos de la modernidad que se traducían en dificultades objetivas de comunicación entre la Iglesia y la cultura moderna que proponía nuevos lenguajes y comparaciones inéditas sobre los valores fundamentales. El padre Sorge explica: «La Iglesia y la cultura moderna utilizan conceptos y términos que, en apariencia, son idénticos, pero en realidad son profundamente distintos. Por ejemplo, ambas hablan del hombre y lo ponen como centro de su discurso sobre el mundo y sobre la historia. Pero la Iglesia considera al hombre como un ser personal, orientado hacia Dios y hacia un fin trascendente; en

cambio, la cultura moderna hace del hombre alguien absoluto, el dueño de sí mismo y del mundo, que crea y que transforma el universo con sus manos, que es conforme a sí mismo, sin necesidad de un legislador divino».

Por lo tanto, el hombre moderno, con sus descubrimientos y sus revelaciones, lleva al Concilio a hablar de «una nueva época de la historia humana» (GS 54), con una nueva cultura, terreno fértil para una nueva evangelización.

3. Retos para el hombre que genera cultura

En el contesto que acabamos de describir, según los padres del Concilio Vaticano II, el ser humano toma conciencia de «su responsabilidad en orden al progreso de la cultura» (GS 56).

La palabra clave en este caso es «responsabilidad»: el hombre y la mujer que, como ya hemos visto, viven en perfecta simbiosis con la cultura y la defienden, gracias a los avances y a los cambios sociales en curso, se convierten en los protagonistas de un «nuevo humanismo» en el que sobresale con fuerza una responsabilización del hombre hacia el prójimo y hacia la sociedad. Y por lo tanto también hacia la cultura. Hoy también, como entonces, más de un pensador hace un llamado a un nuevo humanismo que pueda relacionar pasión y razón. Lo hace, por ejemplo, el filósofo francés Edgar Morin quien, frente al reto de la pandemia global, vislumbra la oportunidad de una «nueva vía» impulsada por la esperanza de la renovación, con un empuje a redefinir nuestro pensamiento y nuestras vidas de forma creativa, nueva y valerosa (cf. E. MORIN, *Cambiamo strada*, Milán 2020). Incluso cuando se elabora la *Gaudium et spes*, si bien no se estaba en *shock* debido a una pandemia, se respira una atmosfera parecida, con un mundo que llega a ser cada vez más globalizado, para mejorar en la verdad y en la justicia. Aunque semejante responsabilidad también genera en el hombre «ansiedad». En efecto, en el número 56 de *Gaudium et spes* se reflexiona sobre «dificultades y tareas actuales en este campo» que tiene que enfrentar para que las relaciones culturales no alteren la vida de las comunidades. El Concilio formula unas preguntas, remarcando que,

en este contexto tan variable, el hombre se da cuenta de que tiene delante muchas contradicciones para resolver. Se preguntan, por ejemplo, qué hay que hacer para que la cultura no ponga en peligro «el genio propio de los pueblos». O bien, ¿cómo se puede favorecer la nueva cultura sin afectar a la tradición? En efecto, la preocupación más que legítima nace del hecho que en distintas situaciones y contextos, se hace necesario un «diálogo» o incluso un «reto» entre la nueva cultura, que se desarrolla con descubrimientos técnicos y científicos, y la cultura clásica. Pensemos, por ejemplo, en el primer «areópago» del tiempo moderno: el mundo de la comunicación, que con sus nuevos medios (que hoy son sobre todo internet y las redes sociales), tiende a fagocitar la cultura tradicional o, de todas formas, a incorporarla en sus esquemas; de hecho, de esa forma la desnaturaliza, pero, al mismo tiempo, consigue también impulsarla a veces. Y aquí las enésimas preguntas de los padres del Vaticano II: «¿Cómo la tan rápida y progresiva dispersión de las disciplinas científicas puede armonizarse con la necesidad de formar su síntesis y de conservar en los hombres las facultades de la contemplación y de la admiración, que llevan a la sabiduría?» (GS 56).

Y, sobre todo, ¿cómo permitir que todos tengan acceso a la cultura, que cada día es más «inaccesible y compleja»? Puesto, además, que hoy muy a menudo esta se relaciona con instrumentos tecnológicos que no son accesibles para todos. Podemos pensar, por ejemplo, en todo el porcentaje de personas ancianas que no tienen posibilidad de acceder a ciertos medios de comunicación como las redes sociales, que en muchos casos son vehículos exclusivos de algunos contenidos culturales. El Concilio se pregunta también ¿cómo reconocer la autonomía de la cultura «sin llegar a un humanismo meramente terrestre o incluso contrario a la misma religión?» (GS 56). Contradicciones, «antinomias», como las llama el Concilio: según la *Gaudium et spes* tienen que llevar a un desarrollo de la cultura humana, con un papel decisivo desempeñado por los cristianos. Estos están llamados, en cuanto miembros de la familia humana, a ayudar al prójimo en el cumplimiento de todas sus tareas y a promover una cultura que, con el paso del tiempo, se convierte en algo cada vez más «descristianizado». Juan Pablo II, en la carta apostólica *Vicesimus quin-*

tus annus, explicaba que es necesaria una conversión del corazón para adaptarse a las culturas y «si fuera necesario, también la ruptura con costumbres ancestrales incompatibles con la fe católica». La solución es simple: apoyar el diálogo entre fe y cultura tan deseado por la *Gaudium et spes*. El padre Bartolomeo Sorge explica que, según el Concilio, el encuentro entre la Iglesia y la cultura moderna no tiene que ser posible, sino necesario y hasta beneficioso tanto para el mundo como para la Iglesia. Para los padres conciliares, dice, se trata de adquirir una mentalidad y una postura nuevos. Para dialogar hace falta que la Iglesia se ponga no solo en la actitud de los que dan, sino también de los que escuchan y reciben con humildad los «distintos elementos de verdad que se encuentran también fuera de la Iglesia católica». Un diálogo constructivo entre fe y cultura debe transformarse en un camino para la evangelización. Como escribía Pablo VI en la exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi*, «evangelizar —no de una manera decorativa, como un barniz superficial, sino de manera vital, en profundidad y hasta sus mismas raíces— la cultura y las culturas del hombre» tomando siempre como punto de partida «la persona y teniendo siempre presentes las relaciones de las personas entre sí y con Dios» (EN 20).

II. LA EVANGELIZACIÓN DE LA CULTURA

1. El encuentro entre fe y cultura

Los números 57-59 de la *Gaudium et spes* profundizan el asunto de la promoción de la cultura, remarcando la importancia del encuentro entre esta y la fe. Los padres del Concilio aclaran enseguida que el hombre, a través de la cultura, se entrega al estudio de distintas disciplinas (matemáticas, filosofía, ciencias naturales, historia, etc.) y contribuye al crecimiento de la familia humana dedicándose al arte. Por lo tanto, la cultura es un instrumento que hace que la humanidad pueda progresar y aumentar sus conocimientos en todos los campos. Además, puede contribuir sobremedida a que la familia humana se eleve a los conceptos más altos de la verdad, el bien y la belleza y al juicio del

valor universal, y así «sea iluminada mejor por la maravillosa Sabiduría, que desde siempre estaba con Dios disponiendo todas las cosas con él, jugando en el orbe de la tierra y encontrando sus delicias en estar entre los hijos de los hombres».

Pero a la vez el Concilio advierte sobre los avances científicos y técnicos, porque estos pueden favorecer cierto fenómeno y agnosticismo cuando el método de investigación usado por estas disciplinas se considera, sin razón, como la regla suprema para hallar toda la verdad. Es más, se corre el peligro de que el hombre, confiando demasiado en los inventos actuales, «crea que se basta a sí mismo y deje de buscar ya cosas más altas». Para no caer en esta espiral descendente, el hombre puede recurrir al diálogo y al discernimiento. En el primer caso, el papa Francisco, hablando en 2013 a la comunidad de los escritores de la revista *La Civiltà Cattolica*, recuerda que dialogar significa estar convencidos de que nuestro interlocutor tenga algo interesante o bueno que decir, significa abrirle la puerta, bajando las defensas, dejando espacio a su perspectiva, a su opinión, a sus propuestas sin caer en el relativismo. En el caso del discernimiento espiritual, que intenta reconocer el Espíritu de Dios en la realidad humana y cultural, el papa Francisco cita a san Ignacio de Loyola cuando dice que se puede buscar y hallar a Dios en todas las cosas. Añade también: «Dios está actuando en la vida de cada hombre y en la cultura: el Espíritu sopla donde quiere». Por lo tanto, se puede encontrar fácilmente un vínculo entre fe y cultura, se puede instaurar un diálogo constructivo, teniendo en cuenta que la fe, el Evangelio, sigue siendo independiente con respecto a la cultura. A pesar de esto, no se puede no tener en cuenta que el mundo, la humanidad, tiene un vínculo muy estrecho con la cultura; por tanto «la construcción del reino no puede por menos de tomar los elementos de la cultura y de las culturas humanas. Independientes con respecto a las culturas, Evangelio y evangelización, no son necesariamente incompatibles con ellas, sino capaces de impregnarlas a todas sin someterse a ninguna» (cf. PONTIFICIO CONSEJO DE LA CULTURA, *Para una pastoral de la cultura* [1999]). A este respecto se puede afirmar que la Iglesia, como ha repetido muchas veces el teólogo monseñor Alessandro Maggiolini, es «inspiración» de cultura. Además, a

menudo, la Iglesia siente la necesidad de ser como un *supplente*, esto pasa cuando los pueblos a los que se acerca no tienen riquezas culturales especiales o se encuentran en un estado de ignorancia o de incivilidad.

Juan Pablo II y Benedicto XVI explican en varias ocasiones la relación entre la fe y la cultura, empezando siempre por el contenido de la *Gaudium et spes*. En la visión del papa polaco, la cultura ayuda al hombre a investigar sobre sí mismo, sobre su propio ser. En 1982, en un discurso dirigido al Movimiento Eclesial de Compromiso Cultural, afirmó con fuerza que la síntesis entre cultura y fe no es solo una exigencia de la cultura, sino también de la fe. No se considera cultura solo la obra de los particulares, sino sobre todo las obras comunes, fruto de la cooperación de muchos. El cristiano, afirma Wojtyła, tiene que cooperar con todos los que se esfuerzan para la cultura. En todo caso, tiene que haber reconocimiento y respeto por parte de todos, de la verdad entera del hombre y de su dignidad. Él mismo, en la exhortación apostólica *Familiaris consortio*, en el número 10, explica que es a través de la inculturación, es decir a través de una fe que se convierte en cultura, que «se camina hacia la reconstitución plena de la alianza con la Sabiduría de Dios que es Cristo mismo». Juan Pablo II profundiza este aspecto en los años noventa también: primero con la encíclica *Redemptoris missio* de 1990; en el número 52 afirma que gracias a la inculturación la Iglesia ayuda a las comunidades a encontrar lo bueno que hay en su interior y la misma Iglesia se convierte en «signo más comprensible de lo que es el instrumento más apto para la misión». Después, en 1992, con la exhortación apostólica *Pastores dabo vobis* que en su número 55, remarca como cada vez resulta más importante «la exigencia —hoy intensamente sentida— de la evangelización de las culturas y de la inculturación del mensaje de la fe».

Joseph Ratzinger es aún más contundente: apoya con fuerza que la fe es en sí misma cultura. El que entonces era cardenal prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe, dirigiéndose a los obispos en el encuentro de la Federación de las Conferencias Episcopales católicas de Asia (marzo de 1993) dijo que «no existe la fe desnuda o la religión pura. En términos prácticos, cuando la fe le dice al hombre quién es o cómo tiene que empezar

a ser hombre, la fe crea cultura. [...] La fe es, por ella misma, una comunidad que vive en una cultura, que nosotros llamamos “pueblo de Dios” [...]. Ya no existe una fe sin cultura ni una cultura sin fe». A este respecto, Benedicto XVI entra más en detalle en 2007 ante el Pontificio Consejo de la Cultura, explicando que la historia de la Iglesia es historia de la cultura y del arte, también. El vínculo es único y auténtico. Y pone algunos ejemplos prácticos en este sentido: cita la *Summa theologiae* de santo Tomás de Aquino, la *Divina comedia*, la catedral de Chartres, la Capilla Sixtina, las cantatas de Juan Sebastián Bach diciendo que estas «constituyen síntesis, a su modo inigualables, entre fe cristiana y expresión humana» y su encuentro «se realiza diariamente en la vida y en el trabajo de todos los bautizados, en esa obra de arte oculta que es la historia de amor de cada uno con el Dios vivo y con los hermanos, en la alegría y en el empeño de seguir a Jesucristo en la cotidianidad de la existencia».

La encíclica *Gaudium et spes* señala la necesidad de un diálogo con la cultura para que la Iglesia pueda, de alguna forma, facilitarla en la apertura a un humanismo integral (o nuevo humanismo) que pueda, por lo tanto, valorizar al hombre en su totalidad, en su integridad, como teorizaba el filósofo francés Jacques Maritain. A la vez, gracias a la cultura, la Iglesia y el mundo católico también sacan su provecho: el cristiano puede crecer y proyectarse hacia un futuro siempre más brillante, abierto al encuentro con el otro, sin prejuicios. Es un modelo perfecto: la cultura se beneficia del diálogo con la fe, y viceversa; es un vínculo natural que surgió con el nacimiento de la humanidad. No es una casualidad si Maritain, intelectual muy respetado por Pablo VI y protagonista de la cultura y de la religión del siglo xx, adoptando la teoría de santo Tomás de Aquino, había teorizado mucho antes del Concilio sobre la necesidad de poner de acuerdo religión y cultura, operando una síntesis que absorbiera elementos compatibles, aunque fueran distintos, a través del método del «distinguir para unir».

Es exactamente en el número 58 de la *Gaudium et spes* donde se presentan las distintas relaciones que existen entre evangelio y cultura, explicando que ya desde el principio Dios, revelándose al mundo, habló según el tipo de cultura propio de las distintas épocas históricas. Y a la vez la Iglesia «ha empleado

los hallazgos de las diversas culturas para difundir y explicar el mensaje de Cristo en su predicación a todas las gentes». El Concilio habla de «comunidad» con las culturas, que enriquece por un lado la Iglesia y por el otro las mismas culturas. Es un intercambio, una «colaboración» que llega a ser fundamental sobre todo en estos tiempos en los que cada aspecto de la vida se puede remodelar de manera artificial.

Aunque no hay que pensar que esto sea simple. La *Gaudium et spes* aborda también este aspecto en el número 62, especificando que las dificultades que podrían presentarse entre cultura y formación cristiana no son necesariamente peligrosas para la fe, pero «pueden estimular la mente a una más cuidadosa y profunda inteligencia de aquélla». Los nuevos descubrimientos, como se ha mencionado anteriormente, se pueden convertir en un vehículo de agnosticismo o de fenomenismo, y por esta razón también requieren análisis más detallados por parte de los teólogos. A este respecto, los padres conciliares escriben: «Hay que reconocer y emplear suficientemente en el trabajo pastoral no solo los principios teológicos, sino también los descubrimientos de las ciencias profanas, sobre todo en psicología y en sociología, llevando así a los fieles y una más pura y madura vida de fe». El discurso también se aplica al arte: hay que esforzarse para los artistas se sientan comprendidos por la Iglesia en sus actividades y establezcan «contactos más fáciles con la comunidad cristiana». No es casualidad que Pablo VI quisiera, al final del Concilio, enviar un mensaje dirigido precisamente a los artistas, para confirmar la alianza entre los dos mundos, Iglesia y cultura: «Hoy como ayer —escribe Montini en su mensaje del 8 de diciembre de 1965— la Iglesia os necesita y se vuelve hacia vosotros. Ella os dice por nuestra voz: no permitáis que se rompa una alianza fecunda entre todos. No rehuséis poner vuestro talento al servicio de la verdad divina. No cerréis vuestro espíritu al soplo del Espíritu Santo».

2. Una justa libertad

Los artistas para expresarse gozan de una «ordenada libertad» (GS 62), pero toda la cultura, según lo que afirma el Conci-

lio, tiene que ser libre. Empezando por el hombre, que de acuerdo con el orden moral debe poder «investigar libremente la verdad» (GS 59), divulgando sus opiniones y cultivando cualquier tipo de arte; los padres conciliares aclaran que la cultura no puede estar bajo el poder o ser víctima de condicionamientos de ningún tipo. La toma de posición es fuerte; es más, en el documento se señala que le «compete a la autoridad pública» no el determinar el carácter propio de cada cultura, sino lo contrario, es decir hacer que la vida cultural, incluso la de las minorías de una nación, pueda aprovechar de los subsidios y tenga buenas condiciones aseguradas. «Por ello —se lee en GS 59— hay que insistir sobre todo en que la cultura, apartada de su propio fin, no sea forzada a servir al poder político o económico». Entonces, que sea libre. ¿Qué hay que hacer para promover el acceso de todos a una cultura libre y autónoma? Los cristianos están llamados a ofrecer su aportación en el ámbito político y económico para que se tomen las decisiones correctas, garantizando que «se reconozca en todas partes y se haga efectivo el derecho a todos a la cultura, exigido por la dignidad de la persona, sin distinción de raza, sexo, nacionalidad, religión o condición social» (GS 60). También en este caso, la indicación del Concilio es que todos los habitantes del mundo tengan instrumentos, bienes culturales, de manera que el hombre se pueda librar «de la miseria de la ignorancia», de tal manera que el analfabetismo no sea un obstáculo para ayudar al bien común. Cabe mencionar, por ejemplo, a los agricultores o a los obreros, trabajos que en ese contexto histórico (según decían los padres conciliares) impiden el esfuerzo de superación cultural del hombre y destruyen en éste el afán por la cultura. Por eso, es preciso procurar tales condiciones de trabajo, que, lejos de impedir su cultura humana, la fomenten (cf. GS 60). Lo mismo ocurre con las mujeres (que en la época del Concilio todavía eran víctimas de desigualdad social): «Todos deben contribuir a que se reconozca y promueva la propia y necesaria participación de la mujer en la vida cultural». Con respecto a este tema, en 2015 el cardenal Gianfranco Ravasi, en calidad de presidente del Pontificio Consejo de la Cultura, se dejó inspirar por las palabras del papa Francisco que había remarcado la necesidad de escuchar a las mujeres y hacer que sean protagonistas de la vida cul-

tural de la Iglesia, y estableció una Consulta femenil, compuesta por mujeres comprometidas en distintos sectores de la vida social y portadoras de distintas visiones culturales y religiosas del mundo, con el objetivo de trabajar juntas «con respeto mutuo, buscando en el diálogo puntos de acuerdo y de armonía».

Si volvemos al concepto de libertad para el hombre que vive la cultura de su tiempo, se remarca que los fieles, eclesiásticos y laicos, deben gozar de una «justa libertad» de investigación, de pensamiento y de hacer conocer su manera de ver los amos que son de su competencia (cf. GS 62). En un intercambio con quien escribe, en el mayo de 2022, monseñor Luigi Bettazzi, obispo emérito de Ivrea y testigo del Concilio, explicaba que «con respecto al capítulo sobre la cultura recuerdo que era muy evidente el interés del arzobispo de Turín, Michele Pellegrino (ya profesor universitario), sobre todo en el número 62: son suyas las recomendaciones para un compromiso de “muchos laicos” en las ciencias sagradas y para su justa “libertad”». En efecto, el Concilio pide que haya un fuerte diálogo entre laicos y eclesiásticos, un intercambio de conocimientos: en primer lugar, un esfuerzo por parte de los fieles (especialmente los eclesiásticos) para vivir en estrecha unión con los hombres de su tiempo y adquirir conocimientos, para «comprender» perfectamente su manera de pensar y de sentir, cuya expresión es la cultura. Cuidado: este «comprender» no se interpreta como una indicación a cambiar las distintas culturas o a «occidentalizarlas». Es suficiente leer un documento de 1659 que el padre Pedro Arrupe menciona a este propósito a mitad del Concilio; es una «guía» para vicarios apostólicos, que empezaban como misionarios en China: ellos no tenían que intentar «persuadir con ninguna razón a estos pueblos y cambiar sus costumbres y tradiciones, a no ser que estuvieran abiertamente en contra de la religión o de las buenas costumbres. ¿Habría algo más absurdo que implantar Francia o España o Italia o cualquier otra nación de Europa en China? No implantéis estas naciones, sino que debéis implantar la fe, que no solo no desprecia o rechaza las costumbres de ningún pueblo, sino que intenta conservarlas con toda su fuerza». Al fin y al cabo, «nunca hay que pasar por alto que el objetivo de la Iglesia es el de evangelizar, no el de civilizar» (GS 58, 130).

Por otro lado, escribe el Concilio, «es de desear» que numerosos laicos reciban una buena formación en las ciencias sagradas y las profundicen «con los medios científicos adecuados». En este caso también, una colaboración entre Iglesia y mundo contemporáneo «será muy provechosa para la formación de los ministros sagrados, quienes podrán presentar a nuestros contemporáneos la doctrina de la Iglesia acerca de Dios, del hombre y del mundo, de forma más adaptada al hombre contemporáneo y a la vez más gustosamente aceptable por parte de ellos». Pero, para ejercer su deber, tanto los laicos como los eclesiásticos, como indica la *Lumen gentium* (retomándolo de la *Gaudium et spes*) tienen que gozar de esa «justa libertad» tan deseada que les pueda permitir una sana búsqueda de la verdad.

3. Para una cultura integral

Leed libros, viajad por el mundo como turistas, practicad algún deporte o haced ejercicio. Y que los cristianos colaboren para que estas actividades estén llenas de espíritu humano y cristiano. Puede parecer raro siendo un documento conciliar, pero este es el deseo del Vaticano II cuando, en GS 61, se aborda el tema de la educación del hombre a la «cultura íntegra», para entender cómo se puede favorecer mejor una formación cultural a 360 grados. Mientras tanto, no hay que olvidar que, como ya se había dicho anteriormente, no se puede hablar de cultura sin tomar en consideración al ser humano en su integridad, porque él mismo es cultura. De aquí nace la constatación que expresa que la imagen de «hombre universal» con el paso de los años es siempre más «evanescente». La alerta que el Concilio comparte, tiene que ver con las capacidades de los particulares de armonizar y detectar todos los elementos que constituyen el conjunto de la cultura, frente a su aumento exponencial a lo largo de los años. «Sin embargo, queda en pie para cada hombre» escriben los padres conciliares «el deber de conservar la estructura de toda la persona humana, en la que destacan los valores de la inteligencia, voluntad, conciencia y fraternidad; todos los cuales se basan en Dios Creador y han sido sanados y elevados maravillo-

samente en Cristo» (GS 61). Aunque educar a la cultura no es simple: el lugar privilegiado de la educación, escriben los padres del Concilio, es la familia, donde los niños, en un contexto lleno de amor, consiguen absorber fácilmente los valores y, creciendo, hacen suyas también las nuevas formas de cultura que se les presentan a lo largo de sus caminos. Para tener, al mismo tiempo, una forma de educación en la sociedad, se pueden utilizar instrumentos como libros o utilizar «recursos que pueden favorecer la cultura universal». Pero hay que preguntarse si hay posibilidad para el hombre de poder educarse a la cultura. ¿Tiene posibilidad de «cultivarse»? La solución se puede encontrar en el tiempo libre que le permite al ser humano dedicarse a sí mismo, en su integridad, y de adquirir siempre más conocimientos a través de distintos medios. Los caminos que plantea la *Gaudium et spes* son muchos: a través de actividades y estudios de elección libre; a través de viajes turísticos en otros países «con los que se afina el espíritu y los hombres se enriquecen con el mutuo conocimiento», practicando deporte en autonomía o participando a eventos deportivos «que ayudan a conservar el equilibrio espiritual, incluso en la comunidad, y a establecer relaciones fraternas entre los hombres de todas las clases, naciones y razas».

Es cierto que es necesaria la intervención del mundo cristiano, para que se puedan «impregnar de espíritu cristiano» todas estas actividades culturales, pero en primer plan tiene que haber consciencia por parte del hombre de que la cultura es una parte de él. En efecto, el Concilio explica que todos estos caminos no pueden garantizar una formación cultural e integral del hombre si nadie se hace preguntas sobre el significado profundo de la cultura y de la ciencia para el ser humano. ¿De verdad es tan importante para el hombre? Otra vez más, nos responde Juan Pablo II: en 1985 encontrando a la comunidad universitaria de Lovaina (Holanda), afirmó que la cultura es «la morada habitual del hombre, lo que caracteriza toda su conducta y su forma de vivir, hasta de habitar y de vestirse, lo que ve bonito, su forma de concebir la vida y la muerte, el amor, la familia, el compromiso, la naturaleza, su misma existencia, la vida asociada a los hombres, pero también Dios». Mirando atrás a los años del Concilio y leyendo el fragmento del discurso de Lovaina, podemos entender mejor

la gran necesidad que tenían los padres conciliares de remarcar la importancia de la cultura en la vida de cada hombre. En efecto, el pontífice polaco siempre ha afirmado que es imposible pensar en una cultura sin subjetividad humana, especificando que, en el ámbito cultural, el hombre, en el conjunto cultural de su ser espiritual y material, «es el hecho primordial y fundamental de la cultura» (cf. *Discurso a la UNESCO* [2-6-1980]). Interrogándose sobre el significado de la cultura para la vida de cada uno, de esta manera todo hombre podrá avanzar, podrá tomar conciencia de su ser ciudadano del mundo. Pero, frente a los nudos de la existencia humana, como dice el papa Francisco, también tendrá que cumplir un «esfuerzo creativo» y volver a pensar en su presencia en una sociedad «líquida o gaseosa» cada día más sumergida en una nueva cultura, donde la *Gaudium et spes* sigue siendo una brújula.

III. LOS RETOS DE NUESTRO TIEMPO

1. La época del dominio digital

Para entender en qué medida la *Gaudium et spes* y sus enseñanzas sobre la cultura siguen siendo actuales es importante, en primer lugar, conocer el contexto social en el que vive el hombre contemporáneo. Los hombres y las mujeres de hoy son muy distintos con respecto a la gente a quien se dirigía el Concilio con la constitución pastoral a mitad de los años sesenta: a diferencia de entonces, hoy vivimos sumergidos en una cultura digital, un nuevo dominio, que si por un lado favorece el nacimiento de relaciones sociales (aunque sean a distancia) y acorta las distancias entre los habitantes del mundo, por el otro lado, muy a menudo, aleja cada vez más a los individuos del contacto de persona a persona, fomentando también situaciones de soledad y malestar. En los tiempos de las redes sociales y de las comunicaciones mediadas por dispositivos móviles, el riesgo es de llegar a ser paradójicamente siempre más anti-sociales: la víctima es la propia cultura, porque en ausencia de una sana formación y de un buen enfoque hacia las nuevas tecnologías, el hombre casi parece retroceder, sin pensar en los principios básicos de la ética y de

la moral, quedándose escondido detrás de una pantalla o de un teclado. Nunca querríamos darle la razón, pero es cierto que lo que dijo Umberto Eco en 2015 en una *lectio magistralis* pronunciada en la Universidad de Turín deja mucho para la reflexión: «Las redes sociales dan derecho de palabra a legiones de imbéciles que antes solo podían hablar en los bares después de haber tomado un vino, sin dañar a la colectividad. Se les decía que se callaran enseguida, mientras ahora tienen el mismo derecho a la palabra que un Premio Nobel». Aunque la red de internet y las redes sociales ahora son los nuevos lugares, los nuevos «areópagos» que hoy habitan la humanidad y, a pesar de las distintas críticas que se han movido hacia esta nueva cultura digital, el reto actual de la Iglesia es el de llevar el anuncio del Evangelio y su contribución de sabiduría y de cultura en estas nuevas plazas virtuales también. Por esta razón, hoy tenemos que vivir siendo conscientes de que ya no solo tenemos el problema de aprender a utilizar los instrumentos de comunicación, sino que también hay que entender que la humanidad está cambiando rostro, porque vive completamente sumergida en una cultura digitalizada «que afecta de modo muy profundo la noción de tiempo y de espacio, la percepción de uno mismo, de los demás y del mundo, el modo de comunicar, de aprender, de informarse, de entrar en relación con los demás» (cf. FRANCISCO, *Christus vivit*, 86).

Esta nueva cultura en la que estamos sumergidos, rodeados de nuevos descubrimientos y nuevas tecnologías, tiene obviamente sus cualidades y sus limitaciones: el papa Francisco con la encíclica *Laudato si'* nos advierte de los peligros y nos recuerda que hemos heredado dos siglos de cambios, entre ellos la revolución digital, la robótica, las biotecnologías, etc. y que la ciencia y la tecnología que «son un maravilloso producto de la creatividad humana donada por Dios» (LS 102) pueden esconder hoy problemas todavía más grandes que los del pasado. Instrumentos siempre más avanzados que si acabaran en las manos equivocadas podrían entregar todo el poder solo a una pequeña parte de la humanidad. Y todo esto es «tremendamente riesgoso» (LS 104). En un breve texto enviado en mayo del 2022, el cardenal Gianfranco Ravasi, presidente emérito del Pontificio Consejo de la Cultura, explicaba que

[...] el actual contexto socio-cultural, marcado por el dominio de la tecnología, ha creado un nuevo modelo humano encarnado en los «nativos digitales» y, entonces, una atmósfera general y un entorno completamente nuevos, con los consecuentes valores y límites personales y sociales que han sido analizados muy detalladamente. Sin embargo, el mensaje de la *Gaudium et spes* sigue conservando todavía un significado profundo: es una llamada a no perder nunca la dimensión «humanística» que incluye los valores fundamentales humanos en búsqueda de la verdad, de lo bonito y de la belleza que son los grandes universales o estrellas polares de la cultura, de la ética y de la misma moralidad. Como sugería Steve Jobs: «La tecnología como tal no es suficiente. Es el matrimonio entre tecnología y artes liberales, entre tecnología y disciplinas humanísticas lo que nos da este resultado que hace que se levante un canto en mi corazón». Este es el dato permanente de la *Gaudium et spes* y del corazón auténtico del anuncio cristiano, pero es también la base de la misma supervivencia personal y social. El entrelazamiento entre este fondo y la nueva tipología que se ha evocado antes es el deber difícil, pero subjetivo de la Iglesia de hoy (y hasta de la misma cultura).

Además, llega a ser de importancia vital una «renovación» de la pastoral de la cultura, que presente bajo nuevas formas y con un nuevo lenguaje un mensaje evangélico, adaptándose también (cuando haya que hacerlo) a los lenguajes comunicativos de los jóvenes. ¿No decía justo eso la *Gaudium et spes* hace sesenta años? La referencia está en el número 62, donde se les pide a los teólogos que no pierdan «el contacto con su tiempo» para que pueda presentar la doctrina de la Iglesia «de forma más adaptada», para que sea más «aceptable» por parte del hombre contemporáneo. Se puede pensar por ejemplo en los curas o en las monjas que publican contenidos en redes sociales como TikTok, Instagram, en los cardenales, en el mismo papa, que comparten sus reflexiones en Twitter con un lenguaje que evidentemente se ha adaptado a este medio. Por lo tanto, se habla de una forma nueva de dialogar entre la Iglesia y la cultura, que podrá llevar buenos frutos (y en algunos casos ya lo hace) si «los pastores se sensibilizan con estos medios de comunicación durante el tiempo de su formación. Su compromiso maduro y responsable es la única

actitud capaz de afrontar los escollos y de responder a los desafíos propios de los medios de comunicación» (cf. PONTIFICIO CONSEJO DE LA CULTURA, *Para una pastoral de la cultura* [1999]).

2. Un nuevo diálogo entre fe y cultura digital

La constitución conciliar, que en los años sesenta hablaba «al mundo moderno», remarca la necesidad de un diálogo entre fe y cultura para que esta se pueda abrir a un nuevo humanismo. Es obvio que esta visión del Concilio sigue teniendo valor hoy también, para contestar a la crisis de las relaciones sociales, para responder a la que el papa Francisco define como «rapidación», en este caso cultural, con la vida de cada uno encarcelada en el vórtice de la velocidad tecnológica. Los riesgos y las insidias son mayores que nunca; lo dice el papa Francisco en la *Laudato si'*, en el número 47 cuando, señalando a la «contaminación mental» producida por la presencia obsesiva de algunos medios de comunicación en la vida de las personas, nos recuerda que el mundo digital cuando se convierte en «omnipresente» no favorece «el desarrollo de una capacidad de vivir sabiamente, de pensar en profundidad, de amar con generosidad. [...] Esto nos exige un esfuerzo para que esos medios se traduzcan en un nuevo desarrollo cultural de la humanidad y no en un deterioro de su riqueza más profunda».

Para favorecer este «nuevo desarrollo cultural» y evitar que el hombre se convierta en un ser siempre más aislado hasta el punto de no poder percibir las emociones de los demás por estar «mediado» por instrumentos digitales, es necesario que haya una ayuda desde el ámbito cristiano: estar cerca del hombre; que la fe pueda seguir dialogando con la cultura para permitir a la Iglesia proponerse como evangelizadora en el mundo digital. Es fundamental, a este respecto, lo que dice el nuevo *Directorio para la catequesis* (2020) sobre la evangelización y la era digital. En este documento se especifica que, aunque estemos obligados a conocer estos nuevos medios digitales y su potencial, debemos tomar conciencia también de que «la catequesis, que no puede simplemente digitalizarse, necesita conocer el poder del medio y usarlo

en toda su potencial y sus posibilidades, [...] la catequesis no se hace solo con herramientas digitales, sino ofreciendo espacios de experiencias de fe. Solo así se evitará una virtualización de la catequesis, que corre el riesgo de hacer que la acción catequística sea débil y no influyente» (n. 371).

El *Directorio* insiste en que «el desafío de la evangelización implica el de la inculturación en el continente digital. Es importante ayudar a no confundir los medios con el fin, a discernir cómo navegar por la red para crecer como sujetos y no como objetos, y para ir más allá de la tecnología para encontrar una humanidad renovada en la relación con Cristo» (n. 372).

Por lo tanto, hay que favorecer, por tanto, el aspecto humano integral, permitiendo que los hombres vuelvan a ser, como pedía el Concilio, «creadores y promotores de la cultura de su comunidad» (GS 55). Esto puede llevarse a cabo con un diálogo constructivo entre figuras autorizadas de la Iglesia y los nuevos habitantes de la aldea digital que, mediante «un acompañamiento personal lleven a cada joven a redescubrir su proyecto personal de vida. Este camino requiere pasar de la soledad, nutrida por los *likes*, a la realización de proyectos personales y sociales que deben llevarse a cabo en comunidad» (*Directorio*, 370).

Por lo tanto, no cabe duda de que la red es ya parte fundamental de la vida de cada habitante del planeta y que el anuncio del evangelio en una cultura digital tenga que pasar también a través de lenguajes nuevos. Pero esto no significa que la Iglesia, además de adaptarse a lenguajes de la red, también tenga que someterse a sus lógicas: Benedicto XVI en el mensaje para la XLV Jornada de las Comunicaciones Sociales de 2011 ya avisaba al mundo católico del peligro, afirmando que «el valor de la verdad que deseamos compartir no se basa en la “popularidad” o la cantidad de atención que provoca. Debemos darla a conocer en su integridad, más que intentar hacerla aceptable, quizá desvirtuándola. Debe transformarse en alimento cotidiano y no en atracción de un momento. La verdad del Evangelio no puede ser objeto de consumo ni de disfrute superficial, sino un don que pide una respuesta libre».

La transmisión de la fe, según él, requiere que sigan teniendo importancia fundamental las relaciones humanas directas: el

mundo virtual no puede sustituir el mundo real. Y el diálogo, la evangelización de la cultura digital, siempre deben remitirse a la vida de todos los días, a través del encuentro personal con la comunidad de cada uno. No es ninguna casualidad si en la temporada de cuarentena debida a la pandemia de covid-19 el papa Francisco, aunque alabara los nuevos medios de comunicación que permitían que las comunidades parroquiales pudieran seguir encontrándose virtualmente para las celebraciones y los encuentros pastorales, aun así, alertó a los fieles sobre la llamada «cuarentena pastoral», explicando que las misas grabadas y retransmitidas, los directos en las redes sociales de los curas, las celebraciones desde las terrazas, todo esto «no es la Iglesia». El pontífice, en una homilía en Santa Marta en abril del 2020, habló del «peligro» de celebrar la misa sin gente, explicando que todas las nuevas modalidades a distancia con el paso del tiempo lo que hacen es «“viralizar” la Iglesia, “viralizar” los sacramentos, al pueblo» todo sirve «para salir del túnel, no para quedarnos».

3. Fuera del «túnel» con el Concilio

En conclusión, ¿puede la *Gaudium et spes* seguir siendo hoy, en esta era digital, un texto que ayude al mundo contemporáneo, especialmente a las jóvenes generaciones, a difundir una cultura integral y a construir un mundo más humano? Es evidente cómo el Concilio con sus documentos, especialmente con esta constitución pastoral, ha puesto a disposición del hombre un sinfín de elementos para mirar el mundo desde otra perspectiva, para promover, en medio del frenesí de la sociedad actual, aquellos conceptos de verdad, belleza y bondad que pueden ayudar a una evolución del ser humano. Se trata de comprender si existe una predisposición por parte del hombre de hoy, distraído por la contaminación tecnológica e inmerso en una cultura totalmente nueva y a veces desestabilizadora, a aceptar esta propuesta de la Iglesia, que pretende un diálogo sano.

El teólogo Paolo Benanti, experto en culturas digitales y ética de la tecnología, en una conversación con este escritor en junio de 2022, explica que no hay duda de que el hombre de hoy,

los jóvenes de hoy «son como los de ayer y también ellos se preguntan por el sentido de las cosas que hacen». Tampoco cabe duda de que los gozos y las esperanzas que reviven en sus corazones son los gozos y las esperanzas de la Iglesia. En este sentido, la *Gaudium et spes* nos proporciona claves para hablar a las nuevas generaciones, pero es posible que no puedan acceder a ellas sin una mediación cultural adecuada a esta nueva época que, en cualquier caso, está dentro de la misión de la Iglesia. Una mediación que pueden llevar a cabo precisamente los hombres de Iglesia que, como espera la constitución pastoral, manteniendo «contacto con su propio tiempo», podrán dialogar con el hombre que vive este cambio de época, producto de la explosión tecnológica acelerada por el fenómeno pandémico. Sin embargo, siempre según Benanti, habrá un diálogo pleno entre Iglesia y cultura cuando entre las nuevas generaciones de «nativos digitales», de *tiktokers*, haya también quienes conozcan la vocación, cuando tengamos, en definitiva, sacerdotes que provengan también de estos lugares virtuales. «Lo mismo ocurrió con san Francisco de Asís —explica el teólogo—, sus contemporáneos tenían dificultades para acceder al lenguaje litúrgico y entonces el santo, utilizando las canciones de la época para sus laudes, consiguió hablarles. Este deseo de Dios de comunicarse en el lenguaje de la cultura del hombre forma parte de la dinámica de su elección de revelarse al mundo: Jesús nació en Palestina y él mismo asumió la condición del hombre de aquel tiempo.

Y, ¿en qué debemos fijarnos hoy? En la vida de un santo, porque un santo es un evangelio actualizado en el tiempo en que vive. La idea es que estamos esperando a los santos de este milenio y a los que nos dirán «cómo se incultura el evangelio en la sociedad actual». Por tanto, la *Gaudium et spes* puede seguir hablándonos hoy, y seguramente podrá seguir haciéndolo en el futuro; el objetivo principal, en cualquier caso, sigue siendo el de poner siempre en el centro al hombre en su integridad, portador de los valores y de los méritos que Dios le ha dado (cf. GS 60).